

22 de febrero 22 48

# La Risa

NÚMERO ALMANAQUE



**60**

—¡En casa no comeremos pero nos vamos a reir las tripas con el almanaque!

**CÉNTIMOS**



Dibujo de TOVAR.

Ayuntamiento de Madrid





# MATATIEMPOS



## IMPORTANTÍSIMO

La sección de MATATIEMPOS entra desde primero de año en una nueva fase, que estamos seguros ha de agradar a nuestros lectores, aficionados a matar el tiempo descifrando jeroglíficos, charadas, comprimidos, camelancias, problemas, chindrinas y demás zarandajas.

A tal objeto, un AS de la criptografía egipcio que se oculta bajo el pseudónimo de GRESAL, anuncia lo que sigue:

¡Todos los meses grandes premios!

¡Concurso permanente!

¡Sección para matatiempistas espontáneos!

En nuestro número del primer domingo del año daremos a conocer las bases. ¿Queréis más?... Pues comprad LA RISA.

## MATATIEMPOS POR GRESAL

A Juanito le ha regalado su papá estas Navidades una imprentilla, y aquél, queriendo darle una sorpresa, compuso ordenadamente unas frases propias del tiempo, y cuando había terminado se le «empastelaron» las letras, o mejor dicho, se le cayeron al suelo. El pobre Juanito no cesa de llorar, y acude a GRESAL para que le saque del apuro; éste recoge las letras y ve lo siguiente:

LA FEA CELES ROCA DE ESCUADRAS LE DARÁ BETUNES Y SEPIAS A SU SANTIÑO.

Mas Juanito dice que no es eso. Seguramente, algunos de nuestros lectores serán más afortu-

nados y nos enviarán la solución, las verdaderas frases que con estas letras dedicaba Juanito a su papá. Por vía de agradecimiento, y entre todos los solucionistas exactos que nos envíen sus trabajos antes del 1 de enero próximo, «sin necesidad de adjuntar cupón», sortearemos tres premios, consistentes en otras suscripciones GRATIS POR UN AÑO a «LA RISA».

En nuestro número correspondiente al primer domingo del año daremos la solución, y en el correspondiente al día 13 los nombres de los agradados en este concurso.

Las soluciones se remitirán en sobre cerrado, indicando «para el concurso de Matatiempos de LA RISA», Apartado 7 002,

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

### Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	14,40

### Extranjero.

Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.  
Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

Diríjase toda la correspondencia al Apartado 7.002



AÑO II.—NÚM. 58

23 DICIEMBRE 1923

# La Risa

PRENSA MADRID

DIRECTOR: FELIPE MÁRQUEZ

:: DOCTOR FOURQUET, 4. :: ::

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

NÚMERO ALMANAQUE



«LA RISA» DESEA A SUS LECTORES FELICES PASCUAS  
Y MUCHAS PROSPERIDADES EN EL AÑO 1924.

Dibujo de MÁRQUEZ



## PROFECIA DEL AÑO

(PARA TODOS LOS AÑOS)

El día primero de enero, el alba amanecerá  
de noche, pero, primero el otro, acabará.

Las campanas, a destajo, meterán bastante ruido,  
sólo con darle al badajo, como siempre ha sucedido.

Al zumbar no habrá cabeza, aunque el mundo se haga escombros,  
que cometa la torpeza de no estar sobre los hombros.

Vendrá una niebla tan fría, como en tiempos de los griegos,  
pero aunque venga de día, no la podrán ver los ciegos.

Se removerá un ciclón, que levante hasta las pajas,  
y como caiga un melón por el aire, se hará rajas.

El que esté fuera de casa, cuando la borrasca estalle,  
sí quiere ver lo que pasa no tendrá que irse a la calle.

Para aumentar el concierto vendrá un terremoto atroz,  
que no habrá un sólo muerto que se atreva a alzar la voz.

Y el incesante bramido, será tan negro, a mi ver,  
que no habrá ningún nacido que se quede por nacer.

Los niños que estén envueltos se quedarán de una pieza,  
y a todos los ajos sueltos les faltará la cabeza.

La lumbre será caliente; se quedará frío el hielo,  
y el ahorcado más valiente, no pondrá ni un pie en el suelo.

De una castaña pilonga, se hará el tobillo de un santo,  
y habrá piedra que se ponga mucho más dura que un canto.

Los caminos por el suelo; los ríos irán a *estajo*,  
por arriba estará el cielo, y la tierra por abajo.

Altas serán las montañas, bajos serán los barrancos,  
se pondrán huecas las cañas, y los pelos negros, blancos.

Los pájaros volarán para evitarnos molestias,  
y los burros se podrán a rebuznar como bestias.

Alguno podrá enfermar, si antes malo no estuviera,  
y no se podrá escapar de la muerte....., el que se muera.

Pincharán los alfileres, y robarán los ladrones,  
pero, en cambio, las mujeres, no serán nunca varones.

La carne en las pantorrillas, irá detrás, y por eso  
las personas más sencillas, llevarán delante el hueso.

No harán nada los gaudules, ni los que al nacer hereden,  
y llevarán los baúles al hombro, los que no pueden.

Todo se pondrá al revés, aunque me digan que no,  
como dos y una son tres, tengo que morirme yo.

Y al verme en la tumba fría, como soy un alma mía,  
que no tomo nada en serio,  
tal vez cometa el desliz, de creerme el más feliz,  
que vive en el cementerio.

Luis ESTESO





Dibujo de MEL



# I N V I E R N O

**BRRRRR!** ¡Qué frío! En esta época del año, en la que los soberanos del mundo son los almecenistas de carbón y los vendedores de pieles, el ciudadano, que no tiene más carbón que el de la cocina ni más piel que la suya, tiene, por fuerza, que protestar contra todo, que renegar y que pasar, a través del frío, con la cara de vinagre y no decimos también de aceite, para que el aliño sea completo, porque ahora el aceite se congela y así no sirve para nada; ¿quién es capaz de sentirse chirigotero y alegre ahora, fuera de los indicados personajes y comerciantes? ¡Nadie! Porque nadie puede tomar las cosas con calor, ni aunque se lo ordenen de Real orden.

En verano, cuando los pajarillos cantan, las nubes se levantan y usted usa un *canoties* de paja, que le proporciona un aire gallardo y calavera a su persona que ni el propio y difunto *don Juan Ténorio*, se es otra cosa. Tiene usted la suerte de tropezar o de rozarse simplemente, una de esas mozas que hasta el propio rey Recaredo le hacen tambalear en su pedestal pétreo y ha hecho treinta y una de manos.

—¡Vaya trapío y circunstancias agravantes para que yo me perdiese! La convidó a usted a toda la horchata de Valencia con su correspondiente paja.

La moza se sonríe y usted, que ve en perspectiva la horchata y adivina la paja, respira satisfecho y haya o no combinación amorosa, se siente satisfecho y dispuesto a conquistar el mundo y a descubrir otro, sin necesidad de que ninguna Isabel empeñe las joyas. Esos son efectos del buen tiempo, de lo azul del cielo y del calor que reúne, por dentro y por fuera todo su caluroso cuerpo.

Pero en invierno... ¡Ay, en invierno! Esa misma opulenta ciudadana, pasa a su lado y apenas si puede usted contemplar sus encantos corporales. De los temporales no hablo, porque en invierno los temporales están a la orden del día.

La espléndida y bella mujer va cubierta de telas y pieles, porque según ha comprobado, recientemente la Sociedad de las naciones, en su pleno de Ginebra,

la mujer siente el frío lo mismo que el hombre en invierno. Este dato nos lo han comunicado los delegados españoles y lo hemos visto ratificado en la prensa noruega. Usted, también, por su parte lleva subido el cuello del gabán.

De todo lo cual, se desprende una conclusión: la de que el invierno es antia-matorio, y la estación más seria del año después de la de Venta de Baños, que es asimismo, de una seriedad de cementerio, hasta tal punto, que los factores usan corbata negra y el jefe al cobrar, derrama una lágrima sobre la nómina.

En el terreno de la amistad—este terreno suele resultar más caro que los enclavados en el barrio de Salamanca—y como consecuencia de la temperatura, se enfrían hasta los más puros afectos:

—¿Sabes que al tío Nicolás le han quitado el tumor que tenía?

—¿Quién se lo ha quitado? ¿Algún ratero en la plataforma de un tranvía?

—No digas necedades. Un tumor, no es un reloj extraplano. Se lo ha quitado un médico, y te lo digo para que vayas a verle y a felicitarle.

—¡Hombre, sería a primera vez que hubiera que felicitar a alguien porque le quiten una cosa! No voy, que hace mucho frío. El tío siempre fué inoportuno.

—El pobre te lo agradecería mucho.

—Pues, que se espere al verano para que yo le felicite. En invierno, yo no hago visitas más que en la vecindad. Que se mude al piso segundo de esta casa, y entonces le veré.

—Eres un descastado, y todo te sale por una friolera.

—¡Por eso! Por lo friolera que es la época actual, no voy. ¡Caray, que a él le habrán quitado el tumor, pero a mí me van a conceder una pulmonía de buena clase!

Es ese el invierno. Por eso no les extraña a ustedes que este artículo me haya salido un tanto frío.

¡Salud y calefacción!

A. R. BONNAT



# FEBRERO



bujo de GARCÍA CUERVO



# P R I M A V E R A

Todos los años, al llegar la Primavera, los cronistas saludan su presencia con un himno vibrante, y se habla de los rosales que florecen acariciados por la brisa de las lias simbólicas, cuyo perfume arrulla a los enamorados.

Se improvisan cantos inspiradísimos a la renovación de la vida, y las casadas jóvenes suspiran satisfechas porque el esposo en mayo se muestra más gentil que nunca. Se precenizan los paseos matinales por el Retiro y las excursiones al Parque del Oeste; las modistas prolongan discretamente los escotes hasta la cintura, para evitar sofocaciones a las hijas de Eva... e inflamar a los vástagos de Adán; triunfa el «sport» en todas sus manifestaciones; se imponen las corridas de toros, y hacen su aparición los velos femeninos.

¡Ah, los velos!

Nada más a propósito para favorecer a una mujer que esos velos blanquísimos, flotantes, juetones, que prestan a su rostro suavidades de melocotón y nitidez de nácar. El velo es una medida de previsión que adopta la mujer contra las capicias importunas del Rey Sol; pero que a consecuencia de la adorable coquetería del sexo se ha convertido en un anzuelo pegigroso.

Las mujeres gustan — sistemáticamente — de todo lo que sea bello, rico y elegante, y además de la afición natural a las telas preciosas, las fulgurantes paderías y los sombreros sensacionales, gustan sobremanera de toda clase de adornos, quisicosas e impedimentas, siempre y cuando que ellas piensen que contribuyen a redondear e iluminar su belleza.

La mujer engalanada, no es sólo la mujer que cree perfeccionada su belleza; es también el guerrero que marcha procaz esgrimiendo las armas con que espera obtener la victoria; es el soldado que exhibe orgulloso sus cruces, y es la divinidad pagana que quiere ver su altar cubierto de ofrendas y exige que se inmolen gruesas víctimas y se hagan sacrificios en holocausto suyo.

Las mujeres ya saben que los velos son desgraciadamente inútiles; pero como así mismo les consta que con ellos resultan demoledoras, apenas la fragante primavera las roza con sus alas perfumadas, aprovechan la coyuntura para envolverse en velos eficaces, y se presentan retadoras luciendo gasas delirantes que vuelan hasta un piso quinto y más tarde las conceden apariencias de hadas en las playas, los balnearios, los «autos», las canoas o el paseo de Recoletos, a falta de cosa mejor.

Verdaderamente, ¿qué hombre por malvado que sea se resiste a una muchacha que cubre sus cabellos en el campo de «tennis» con una nube vaporosa de finísimo tul y mueve su cabeza para que ondulen al viento cuatro metros de humo de seda transparente? Aunque ella tuviese una boca como el buzón de Correos, no habría más remedio que declararse su cautivo, y en todo caso arrojarse entre sus fauces después de haberse colocado un sello de diez céntimos, que es lo más indicado para correspondencia del interior.

Únicamente Herodes se revolvería ofuscado contra una Flérida automobilista que se aparea del coche sacudiendo una llamara kilométrica de tul rojo. Don Pedro el Cruel se haría jalea contemplando en la playa a una graciosa Celimene moderna velada por el verde fascinante de una gasa relámpago. Y hasta es muy posible que Judith no le hubiera cortado la cabeza a Holofernes si el desgraciado general hubiera obsequiado con una pieza de muselina a tan heroica y perversa viuda.

Tiene tal importancia la belleza para las mujeres, que «todo» lo convierten en seductor y hermoso. La que no puede mostrar un lindo rostro como la señora de Buitrago, consuélese haciendo resaltar la gentileza de su talle sin precedente; pero si esto igualmente le faltara como a la viuda de Guarricie, presumiría de tener un pie breve y perfumado. Y las hay que además de considerarse como un verdadero simposio de atractivos, llegan en su insensatez a sostener que sus alhajas, sus vestidos o sus adornos, son superiores a los del resto de todas las mujeres de la tierra.

Yo tengo una amiguita, por cierto muy bonita y confortable, llamada Floriana — cuya dirección me reservo — que padece una incurable manía por los velos. Sus factuosos trajes de Thiele, sus alhajas de casa de Sainz, sus sombreros de Madeleine, o sus zapatos primorosos, no significan para ella una fuente de goces tan complicados y complejos como los velos. Ella guarda implacable, lo mismo que un avaro sus tesoros, los chalés de la India, tan etéreos que diríanse suspiros de bayadera, las gasas japonesas, rizadas e impalpables; los tulés de la Arabia, que parece quebrarse entre las manos y muselinas de París, tan delicadas y suaves como un beso. Estos encajes negros, transparentes como un discurso de Melquiades, que ponen en la cara una nota de inquietante misterio, y esas blondas livianas con las que las princesas a la moda disimulan una nariz incorrecta o una papada prematura, encuidados por Floriana con una voluptuosidad y encarnizamiento que jamás ví en una madre amorosísima para cuidar a sus retoños.

Quizás porque Floriana comprenda mejor que el resto de las mujeres la importante trascendencia de los velos femeninos.

En verdad os digo, lectoras apacibles, mujeres de bien, discretas y sanas, que obraríais muy cuerdamente agenciándoos uno de estos velos fantásticos, último delirio de su Majestad La Moda, sobre los cuales hay bordados en color un clavel, una linda o una menuda mariposa. Yo sería muy feliz obsequiando a cada una de vosotras con un velito de estos de que hablo; pero como me figuro que seréis muchas, las que tendréis el buen gusto de leerme, francamente, voy a meditar unos meses antes de formalizar el ofrecimiento a ver si entre tanto se pasan de moda y vosotras me reñéis del compromiso.

ALVARO RETANA





MARZO

Dibujo de GARRÁN



# V E R A N O

TOdos los años, con una constancia digna de mejor empleo, nos dicen los calendarios que el verano comienza en tal fecha y concluye en tal otra.

Pero suele suceder que la Naturaleza le lleva la contraria a D. Mariano del Castillo, entre otros, y el día mismo en que «cae» la solemne entrada del estío cae a la par una nevada que se huela el Todopoderoso.

Total: que mira uno el calendario y se hace un taco.

Por eso yo aquí afirmo, y lo sostengo aquí y en la calle, que el verano finiquita y empieza cuando lo quiere la Naturaleza, dicho sea en estilo de poesía clásica y bucólica, que es el más pertinente de la estación que nos ocupa, tan amada de Garcilaso.

Garcilaso, como Virgilio, como Heine, como Adós Carrillos. el célebre poeta persa, hizo de esta estación el punto de partida de sus elucubraciones.

El ambiente de todas las poesías pastoriles es veraniego, y los encantos que en ellas se pintan son estivales. No me lo negarán ustedes. Y si me lo niegan ustedes, me enfadaré muchísimo.

El verano es la eclosión, la madurez de todas las gracias de la campiña.

Son los treinta y cinco años de mamá Natura.

Así sucede que nosotros, sus cariñosos hijos, viéndola tan hermosa, tan maternal, tan pródiga y tan pródiga, abandonemos nuestros quehaceres y corramos a tendernos en su regazo.

¡Verano! Simpático trisílabo que suena a silbidos de tren y cascabeleo de tartanas, que huele a mariscos y a pinos, que sabe a gloria y recuerda a Petra..., Petra, María o Nati—¿qué más da?—, la camarera del hotel, la acompañante del balneario, la señorita de la colonia que fué nuestro amor veraniego... ¡Ah! ¡Dulces, acaramelados amores veraniegos!

¡Verano!... Decídmelo, por vuestra ánima: ¿no os suena también esta palabra a charanga de «keermesse»?

¿No evocáis el placer paradisíaco de hallaros en un solar chamberilero, ceñi-

dos a la deliciosa hija de una portera y balanceándose al ritmo inefable de un «schottis»?

En el verano la vida se multiplica por doquiera: en el aire, en la tierra, en el agua... Preguntadle a la lagartija, preguntadle al mosquito, interrogad al sapo. «El verano es nuestro padre», os dirán.

Porque el verano es el Gran Engendrador—así con mayúscula. Dios, en el verano, se siente creativo y lanza a la tierra miríadas de seres, exclamando con su voz tonante:

—¡Ahí van esos gusanillos! ¡Ahí va ese pececillo! ¡Ahí va esa mosca!

El verano es creativo y recreativo.

Se me argüirá que es recreativo para aquellas favorecidas personas que pueden «veranear».

¿Qué es veranear? Para unos es divertirse, para otros es oxigenarse. Divertirse, desde luego; es caso en todas las estaciones y hasta en los apeaderos más modestos; pero oxigenarse está al alcance de casi todas las fortunas.

¿Qué cuesta—vamos a ver—un balón de oxígeno? Aun en las farmacias más leoninas viene a salir por unas tres pesetas. Pues bien; sin salir de Madrid o dondequiera se habite puede el mortal menos acaudalado veranear como un príncipe comprándose un balón de oxígeno y llevándolo como el que lleva un trombón, ya a la oficina, ya a la «braserie», con lo cual obtiene el mismo beneficio que si se pasease por las frías cumbres de la sierra.

Esto es evidente.

No hay, pues—a mi leal saber y entender—, nada que censurarle al verano.

Es más. En esta redacción no admitimos ninguna queja contra él.

Todas las reclamaciones que contra el verano formulen nuestros lectores deben dirigirlas a las oficinas que para estos fines ha creado el Directorio.

Pero anden ustedes con cautela, porque «verano» empieza con el verbo ver y termina... con lo que termina.

Conque, ¡mucho ojo!

FERNANDO LUQUE





Dibujo de GARRIDO



AH, el otoño!

Yo, siempre que tengo que escribir algo acerca de la estación más simpática del año, empiezo así: ¡Ah, el otoño!

Y es porque—no tengo para qué ocultarlo—el otoño es mi estación favorita.

¿Por qué?... Estas cosas no se razonan, pero los meses que van de septiembre a diciembre me parecen los más impregnados de sabor aristocrático, y todo parece en ellos como pasado a través de un tamiz que al suavizar seres y cosas les presta una claridad muy agradable.

Con el otoño, gracias a esa divina invención de los meses con ene, se empieza a comer marisco, y ya avanzado, por lo menos en Madrid, aparecen los buñuelos de viento y los huesos de santo, ese marisco de las confiterías. Las patatas asadas, más que otoñales, son invernales; pero así como hay personas que en cuanto sopla un poco de viento fresco por el paseo de Rosales se apresuran a envolverse el cuello en una bufanda, así las chuletas de huerta se suelen echar a la calle con octubre, el mes de los crepúsculos anaranjados.

Y luego el *Tenorio*. De todas las obras que al cabo del año se estrenan en los teatros, y son unas pocas, la de más éxito es la de Zorrilla. Porque no sé si se habrán ustedes fijado en que el *Tenorio* se estrena todos los años: no se trata ciertamente de una reprise.

Las empresas pintan para el decorado nuevo, las localidades se expenden—¡que bien suena esto de expenden!—con varios días de anticipación, y los primeros actores, la mayoría de los cuales se ven obligados a hacer el galán a los sesenta años y cuando ya aprieta el reuma, se equivocan al hablar, olvidan el papel, di-

cen *timba* en vez de *tumba*, y *comisionista* en vez de *comendador*... Todo como si se tratase de un estreno.

El otoño tiene otros muchos encantos; pero enumerarlos todos sería hacer una lista más larga que la de ex concejales procesados. Hay, por ejemplo, lo de la caída de la hoja.

A las hojas se las ha calumniado mucho: no caen tantas como dicen. Se las ha comparado con los tuberculosos que se mueren. ¿Por qué? ¿No sería más lógico compararlas con las otras hojas, con las de *Gillelte*, que se desprenden solas del árbol de la maquinilla de afeitar apenas se... Pero esto nos llevaría muy lejos, y está anocheciendo.

En cierta ocasión empecé yo un canto al otoño que decía así.

En la gris somnolencia de la tarde otoñal  
me apetece el suave calor de tus caricias,  
como una piel de armiño amorosa y sensual.

De esto han pasado ocho años y aun no he acabado el soneto. Y eso que me propuse muy seriamente que tuviera catorce versos.

Mi afición al otoño llega hasta invadir el terreno de mis preferencias amorosas: la mujer que más me gusta es la otoñal: de treinta a cuarenta y cinco años. También me gustan algunas de quince, pero es porque tienen madres otoñales; y algunas de sesenta, porque tienen hijas de treinta y ocho.

Yo nací en el mes de octubre. ¿Comprenden ustedes mi preferencia por el otoño?

Porque eso del nacimiento ha sido el hecho más importante de mi vida.

JOAQUÍN BELDA







Yo conozco a una familia con hermana gorda. Eso, en realidad, no tiene un mérito extraordinario, pues el caso es frecuente, y usted lector es posible que conozca por lo menos un par de ellos.

La hermana gorda que yo conozco no es verdaderamente ningún fenómeno de obesidad. Pesará noventa kilos; pero tiene veintidós años y no es fea. De ahí su enorme desgracia. Si la hermana gorda tuviera cincuenta años y fuese de una franca fealdad, aquellos noventa kilos no le hubieran molestado más que para subir al tranvía. Es más: si en vez de noventa hubiera pesado doscientos cincuenta, perdida ya toda esperanza de enflaquecimiento, la hermana gorda hubiera sido la Providencia de toda la familia, cruzando el mundo de parte a parte, en calidad de ser extraordinario que cobra cincuenta céntimos por dejarse ver en el interior de una barraca.

Pero esos noventa kilos lo único que consiguen es hacer de la pobre hermana gorda un ser grasiento, malhumorado y de una esbeltez y elegancia muy relativas. La hermana gorda no tiene novio, y no teniendo novio es más que probable que no se case.

El sueño de la hermana gorda es adelgazar. Por adelgazar veinte kilos, la hermana gorda sería capaz de hacer cosas muy serias. Claro es que toda la familia tiene la misma aspiración que la hermana gorda, y así el padre, la madre y los siete hermanos, tienen empeñado su amor propio en que se estilice algo la silueta de la hermana, y siguen con un interés enorme las evoluciones de su figura. Así mismo todas sus distinguidas relaciones han dado ya su opinión evidentemente preocupadas.

Una amiga dijo un día,

—Toma las píldoras Arabescas y ya me dirás...

La hermana gorda tomó las píldoras Arabescas y se quedó toda amarilla. Parecía un enorme montón de limones. Hubo que renunciar a las píldoritas. Por entonces engordó dos kilos. Otro día alguien dijo:

—¿Ha tomado el Agua de Israel? Pero hija mía en que está usted pensando?

La hermana gorda tomó el agua de Israel. Pero a los quince días se la empezó a caer el pelo de tal forma, que si no cesa de tomarla su cabeza hubiera quedado totalmente pelada. En aquel período adelgazó diez gramos; pero una amiga envidiosa aseguró formalmente que aquellos gramos eran el peso del pelo perdido.

En otra ocasión se habló del yodo. La hermana gorda tomó yodo. Pero aquí la cosa fue peor, pues adquirió una enfermedad de estómago que por poco acaba con ella. Claro es que a pesar de estar a las puertas de la muerte no adelgazó.

Cuando el médico vino tiró a lo alto perlas, aguas y yodos.

—¡Ejercicio! —gritó—. ¡Mucho ejercicio! Nada de drogas. Juegue al «tennis», baile, pasee, no duerma la siesta...

Otro médico recomendó un plan especial de comidas. La hermana gorda lleva dentro de sí

un terrible enemigo que se llama Apetito. Pero esta dispuesta a vencerle. Ahora ha combinado los dos sistemas, el del ejercicio y el de la alimentación especial. Según ella, la combinación es infalible.

Claro que el «tennis» ha habido que dejarlo. Se reían mucho al verla los demás jugadores. Y además nadie quería jugar con ella: en primer lugar porque siempre perdía, y después porque encerrarse en un reducido cuadrado de terreno con aquellos noventa kilos que corrían y saltaban, era algo altamente peligroso. Así mismo ha habido que abandonar el baile, porque la pobre chica no tenía nunca pareja y tenía que bailar su padre con ella. El resultado fue que el que adelgazó hasta lo cadavérico fue el padre infeliz.

La hermana gorda se levanta a las seis de la mañana, friega toda la casa, limpia todos los pares de zapatos que posee toda la familia, sacude las alfombras por el balcón, quita el polvo a todos los muebles y hace luego un poco de gimnasia sueca, que consiste en echarse al suelo y rodar de un lado para otro.

A las ocho se levanta el resto de la familia, y todos sus miembros, con buena intención, claro es, se dedican a insultarla, porque dicen que los disgustos hacen adelgazar.

—¡Gorda! ¡Gorda! ¡Cada día estás más gorda!

Este es el insulto más terrible que se le puede dirigir a la hermana gorda.

—Tú, elefante, estos zapatos tienen poco brillo.

—¡Que baile la gorda!

—¡Ay, hija mía!, ¿pero has quitado el polvo del piano? Pues no lo parece. ¿Y has fregado este suelo? ¡Embusteral! ¡Sucial!

Y acaba toda la familia a coro:

—¡Gorda, gorda! ¡Cada día estás más gorda!

¡Qué asco, qué asco!

Luego, en las comidas, las escenas son terribles. La pobre hermana gorda siente a veces los embates de su terrible enemigo el Apetito. Y cuando presenta la cocinera algún plato de su gusto, se prepara a engullir seriamente. Por ejemplo, la tortilla de patatas, ese plato tan vulgar la gusta extraordinariamente. Pero también hace las delicias de todos los hermanos. Y aquí ya los consejos familiares pierden toda su buena fé al ver como la hermana se apodera de media tortilla para ella sola.

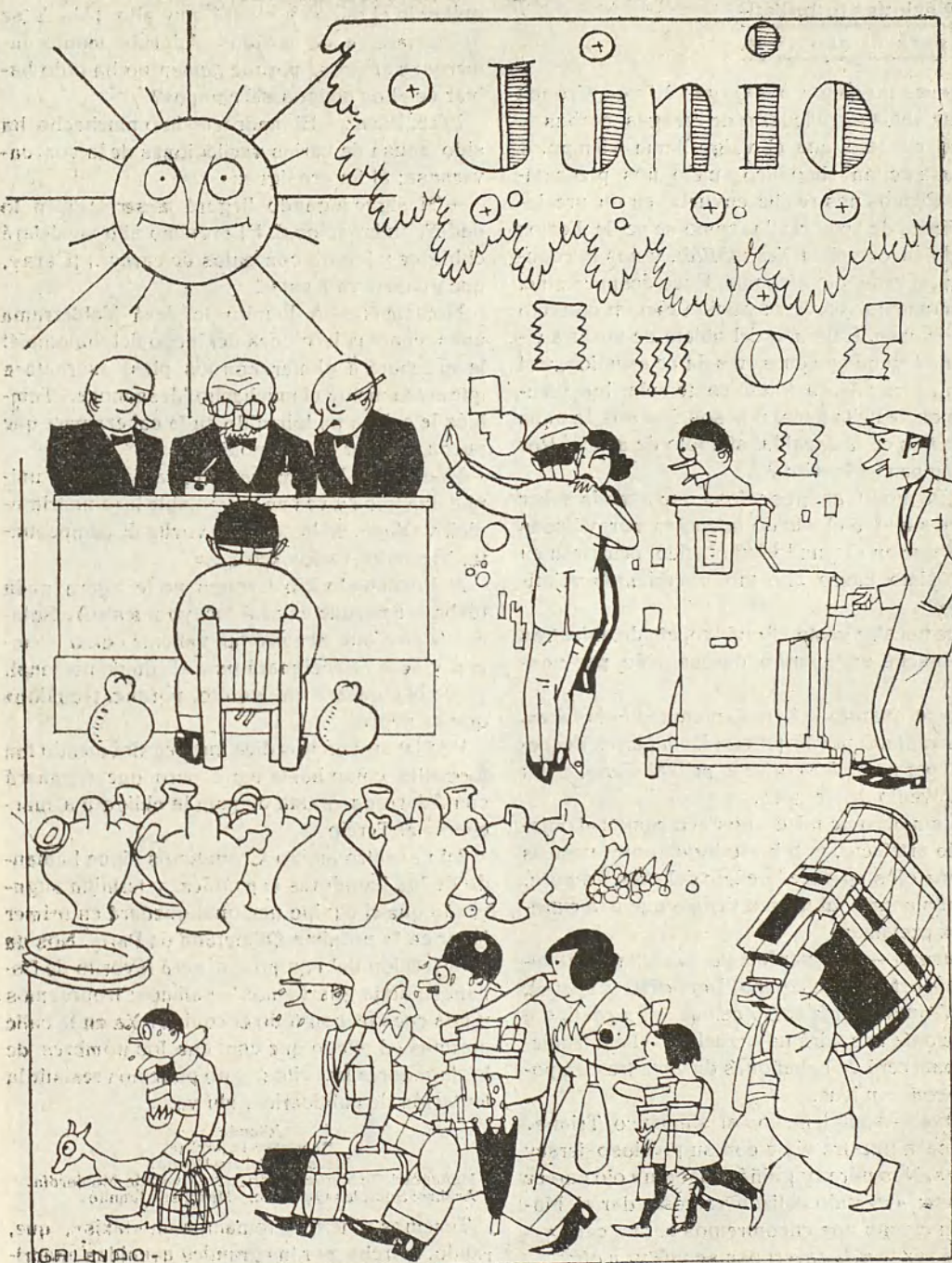
—¡Pero estás loca, desgraciada! ¿Tú comer de esto? ¿Pero es que ignoras que es lo que más engorda? Trce, trae eso acá. No puedo consentir que engordes más por torpeza tuya. Por mí te podrías comer toda la tortilla, pero...

La hermana gorda se contenta con su té frío y un poco de corteza de pan. Después de esta comida se tiene que estar dos horas de pie, quieta, y sin apoyarse en nada.

Así la hermana gorda ha conseguido cosas extraordinarias, tales como ser una formidable fregatriz, una apreciable limpiabotas, tener unos buenos biceps, reirse de Papús en eso de ayunar y realizar equilibrios verdaderamente sorprendentes. Lo único que no ha conseguido la hermana gorda es adelgazar.

GABRIEL GREINERF





Dibujo de GALINDO



## Predicciones futbolísticas para el año 1924.

**U**STEDES no conocen a Cronos? Pues Cronos es ese anciano milenario de luengas barbas y rostro agorero que el vulgo llama Tiempo, y en casa de tan simpático sujeto nos presentamos. Cronos nos recibe envuelto en un precioso pijama de seda cruda (como se ve le hemos pillado en completa *deshabillé*), y nos introduce en un vestíbulo elegante. Poco después sale, y al momento vuelve ya vestido con un correcto traje de casa. Enterado del objeto de nuestra visita, nos manda pasar a su sala de estudios, y al ver nuestra admiración al contemplar los utensilios que en ella tiene, nos sonríe y nos da unos golpecitos en la espalda, símbolo de afecto. Por fin, rompe el silencio:

—¿De modo, amigos míos, que queréis saber (Cronos a todo el mundo tutea) las maravillosas cosas que en el mundo futbolístico ocurrirán en el próximo futuro año mil novecientos veinticuatro?

Ante nuestro gesto afirmativo, añade, mientras nos enseña un aparato desconocido por nosotros:

—Este aparato le llamo «premundifutboliste». Fué inventado por Napoleón Bonaparte, desechado por no poder cortar el pelo al *Gallo*, el día del convenio de Vergara.

No sin algo de miedo nos acercamos al misterioso artefacto, y, ¡oh prodigio!, ante nuestros atónitos ojos aparece la efigie del gran Zamora, que nos sonríe, al mismo tiempo que una extraña voz exclama:

**ZAMORA.** — El guardameta nacional, actualmente portero del equipo Deportivo Español, pasará nuevamente al Barcelona, y en castigo a esta felonía le saldrá un orzuelo en el ojo izquierdo y padecerá de sabañones durante tres temporadas consecutivas.

**TRIANA.** — Aquí tenemos al simpático Triana. Aparece a nuestra vista con su precioso jersey a rayas. Nos mira, y guiñándonos un ojo parece decirnos: «Menudo palizón vamos a dar al Madrid en cuanto nos encontremos cara a cara.»

Otra vez la voz cavernosa se vuelve a oír:

—Ramón Triana I, el Grande, será, sin duda alguna, en el año venidero, el primer jugador de España; chutará mejor que Alcántara, se le disputarán todos los equipos españoles y será seleccionado para la Olimpiada de mil novecientos veinticuatro.

**DEL CAMPO.** — Al amigo Del Campo se le irá

quitando el miedo y rayará muy alto. ¡Ah! Y se despeinará en los partidos. Además, tendrá numerosos amigos, porque ¿quién no ha oído hablar de «Los amigos del campo»?

**FÉLIX PÉREZ.** — El madrileñísimo muchacho ha sido causa de varias vacilaciones de la voz cavernosa; al fin prosigue:

—Si sigue jugando llegará a ser, ¿quién lo duda?, internacional. El próximo año se dejará el bigote y jugará con gafas de carey .. ¡Caray, qué guapete va a estar!

**MONJARDÍN.** — A Juanito le dará Valderrama unas cuantas lecciones del juego del balompié: le enseñará a chutar con los pies, asignatura que actualmente el muchacho desconoce. También le saldrá un lobanillo en la cabeza para que pueda rematar con comodidad.

**MARTÍNEZ.** — Este magnífico guardameta se unirá a una linda joven en indisoluble lazo matrimonial, y Olaso, en la segunda vuelta de campeonato, le pondrá varios «cornes».

A POLOLO el viejo Cronos no le agura nada (debe ser porque es casi tocayo nuestro). Solamente dice que seguirá tan valiente como siempre, y se le seleccionará para el equipo nacional, y que blanqueará un poquito, porque, ¡«cuidao» que es negro!

De GABALLERO nos dice que seguirá siendo tan formalito como hasta aquí; pero que regañará con Adarraga, y esta disputa le obligará a marcharse al Tercio.

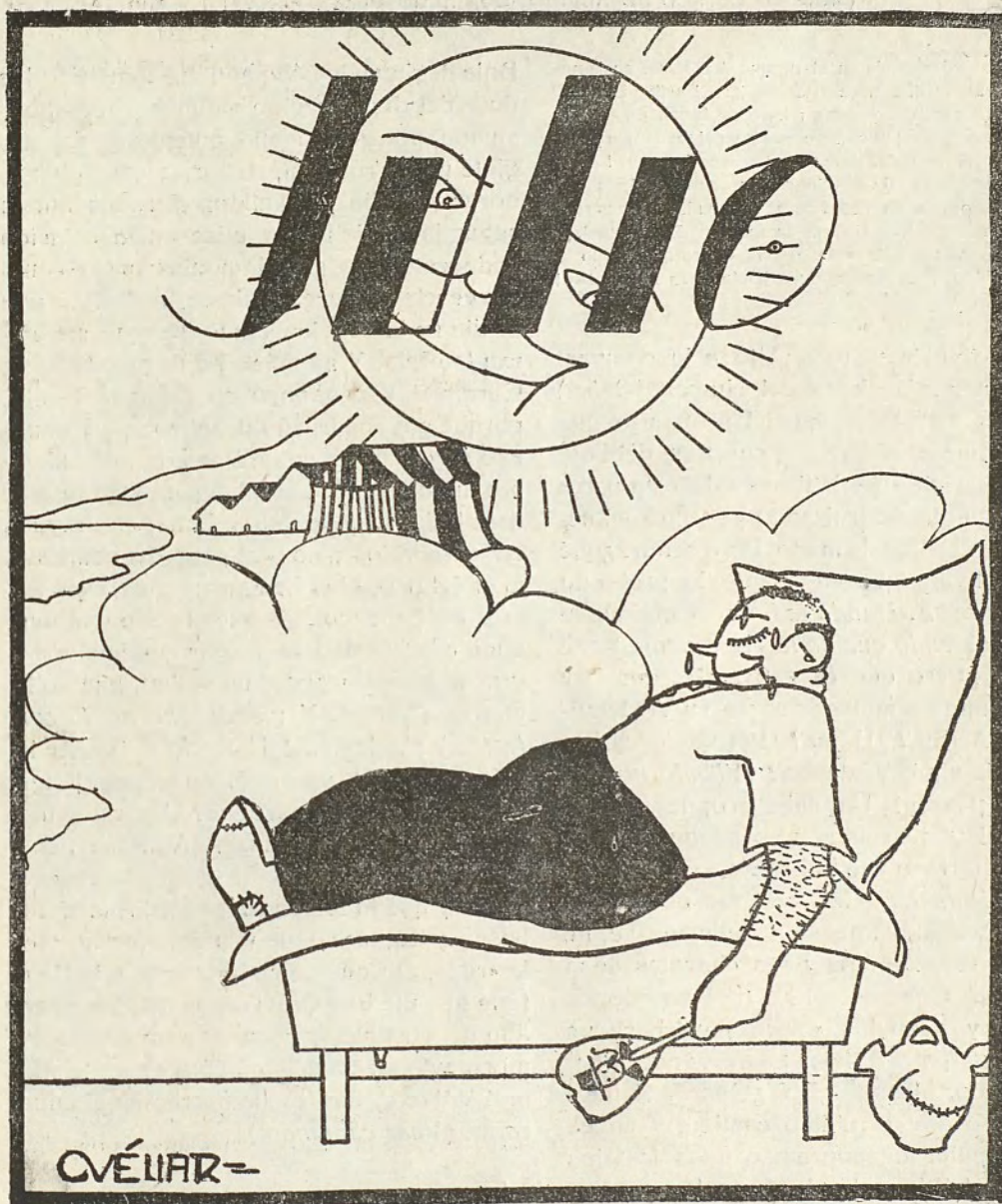
Aún nuestro amigo Cronos nos sigue hablando de los jugadores españoles, y termina augurando que el equipo nacional quedará en primer lugar en la próxima Olimpiada de París. Nos da la selección del equipo que será favorito de España; nos la guardamos y salimos; tropezamos y nos caemos con todo el equipo. Ya en la calle abrimos el pliego que contiene los nombres de los jugadores favoritos, y no podemos resistir la tentación de publicarlo y ahí va:

Allende.  
Sacristán-Peterrieta.  
Navarro-Calleja-Ubeda.  
Muñagorri-De Miguel-Rodríguez Alvarado-Monjardín.  
Árbitro: Sócrates Quintana.—Masajista: Juanito.

Tenemos dinero, y tomamos un «taxi», que, raudo, marcha por las grandes avenidas madrileñas. Hace frío; el sol va desapareciendo, cubriendo a la gran ciudad con ese manto de luto que se llama noche; unos chavales «futbolean» en la rúa pública; atropellamos a un cán; el «auto» vuela, y el «claxon» ulula famélico como que riéndose tragar al Universo: «Crau crau...»

POCHOLO





Dibajo de CUELLAR



# E L Ú L T I M O C A S T I Z O

(MONÓLO CÓMICO DE ABRIGO, CON ALGO DE ASTRAKÁN).

La escena se desarrolla en el Parque del Oeste, en la noche del 24 de diciembre. Personaje: El señor Epifanio con una americana que es un traje de luces, porque vá lleno de lámparas; una gorra puesta del revés, y a pesar de que está nevando, tiene un calor excesivo, por lo cual la faja se desciñe de su cintura; la camisa abierta y el rostro colorado, en virtud de una «toquilla» marca «peleón». Aparece tocando una zambomba descomunal, y las consecuencias de media arroba de pardillo; todo se le ha subido a la cabeza, pues hasta lleva una bota al hombro.

EL SEÑOR EPIFANIO.—¡Alto a la compar-sa! Ha llegao la hora del chupen (*Bebe.*) Hora es esta hora, que el protelario que avanza impla cablerrimo, succione del bofe con este vinillo pa ir firando de esta perra vida. Aunque pa ir tirando ya tengo mi negocio de carritos de mano. Pero señor, ¿qué tendrá el vino que en cuanto lo probó no vivo? (*Pausa. Dando la bota.*) Continúe la ronda. (*Viendo que no la coge nadie.*) ¡Mi madre! ¿Pero qué es esto? ¿Es que hay movimientos similiticos como en Valdemorillo de Arriba? ¿U qué? ¿Pero ande está la Eleuteria y mis vástagos? (*Viendo una estatua.*) ¡Caray! Un caballero; le interroguare. Usted desemule, pero es que me he quedao horfano dende hace unos menutos. ¿Eh? ¿Cómo?... Creí que me decía usted algo. Pues, sí señor, aquí ande me vé, he salio con la Eleuteria y mis chavales de la cá de la Comadre, 123, tripicao, donde «moro» y paso las «morás» ya hace un rato largo, para festejar el ave y nacimiento del señor Mesias. ¿Eh? ¿Cómo? Natural señor, yo soy el último castizo, y en ca fiesta popular me pogrameo unos festejos que son el último alarido de la juerga. Escuche mi programa: Siete tarde. Gran retreta por toas las zambombas y cacharros familiares. Ocho noche: Cena, gran gala, sopas de fideos en sifón, judías estofás a discreción, y... más retreta. Diez noche: Gran cabalgata, a la cabeza «mangue», que es el tété de familia. Segundo: la tété de mi señora, y en después los chavales por escala, ¿cómo dice? Pus claro que es la «fetén». Que llega la noche apolillá, pus ya me tiene usted a mi delante del Menisterio de la

Bola deglutando campano-cronométrico las doce del ritual, que no algunas veces abusamos, por que el año antepasao me degluté una arroba, sí, señor, media en píldoras y media en líquido; claro es que la segunda media me la atize en la estación ande estoy de guarda-agujas; pero como soy esclavo de esta fiesta, me atizé una media en las agujas como pa que me dierran la oreja. Y ná más. Yo destrozono en Carnaval y pendoneo en Semana Santa, porque soy madrileño de pura cepa y bautizao en un día de agua. Por eso estoy siempre mojao, porque a mí déme usted lo castizo, lo juncalibillio, un «chotise» a zurdas en un ladrillo, y no «El paso del camello», ni el del oso, ni el kanguro; yo de esos pasos, no conozco más que el paso y la uva; a mí déme usted lo nuestro, déme usted gracia, y... déme usted un petillo, que no he mencao (*Pausa. Y viendo que no le constan.*) ¡Anda leñel! Este tío debe ser inglés; pues yo le peroro en su lengua. ¡Oiga, mosiú! ¿Vule vu un fraguc? Que es la mar de rico, sí señor, la mar. ¡Anda la panocha! Me paice que me ha sacao la lengua. ¡Ande y que lo festoneen amigo! Ahora a la busca y captura de la familia u pernoto en la «rué», por que quien convence a la Eleuteria que me he extraviado, en el buen sentido del vocablo, y como soy un castizo, a mi entavía me sacude mi cónyugue. ¡Epifanio! Vólvete, que te has errao en el efinerario. (*Vase cantando.*)

Esta noche es Noche-buena  
y no es noche de «sornar» (1),  
que es una noche buena  
para hartarse de «soplar» (2).

Luis ELIAS

Notas del autor: (1) Sornar, del verbo yo suerno, que quiere decir roncar.

(2) Infinitivo de la borrachera.





Dibujo de AREUGER







## DEL MUNDO ANEDÓCTICO Y PINTORESCO

### Lagartijadas y frascueladas.

Los nombres de *Lagartijo* y *Frascuelo* van unidos a una época más romántica que la presente.

Se comentaban sus dichos y sus hechos. Se les aplaudía en público y en privado. Se les jaleaba en todas partes.

*Lagartijo* era un hombre muy sentencioso. No abría casi nunca la boca; pero cuando la abría era para decir algo profundo, aunque burdamente.

En cierta ocasión unos amigos y partidarios le preguntaron:

—Oye, Rafael: ¿quién es mejor torero de los dos, tú o *Frascuelo*?

*Lagartijo* respondió con sencillez:

—Lo doz cemos lo mezmoo... Zólo que a mí me icken er maeztro...

\* \* \*

Celebrábase en la plaza de Madrid una corrida, cuya presidencia estaba encomendada a la reina D.<sup>a</sup> Isabel.

La toreaban *Currito*, hijo del famoso *Cúcharres*, Rafael y Salvador.

Después de la muerte del tercer toro, en un alto que se hizo para que regaran la plaza, la reina llamó a los tres matadores al palco presidencial.

Al despedirse fué ella.

*Currito*, algo más inteligente y educado, besó la regia mano después de un saludo cortés.

*Lagartijo* le imitó, agregando las palabras siguientes:

—Zeñora..., ya zabe ozté... Aquí y en Córdoba...

Pero como notara que algo se le olvidase, volvió a decir, entre el asombro de los presentes:

—¡Ah!... ¡Y dé ozté muchos recuerdos a loz chavales!...

Y Salvador, como para rematarlo:

—Igo lo mezmoo que Rafaé... ¡Y me alegro de vé a la «reina de cuerpo presente»!...

Los tres salieron del palco tan contentos como unas castañuelas, en tanto los palatinos reían a carcajadas.

\* \* \*

Varios aficionados fueron a ver a *Frascuelo*. Pensaban dar una encerrona y no tenían los suficientes capotes para torear.

Visitaron a *Lagartijo*, que les prestó cuantos pudo. Mas no había bastantes.

¿Qué hacer?

*Lagartijo* les sacó del apuro:

—Vayan oztés a ca de *Frascuelo* de mi parte.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque ninguno de nosotros le conoce.

—¡Bah!... ¿Queréis ustedes una misiva?

Aceptaron.

Rafael puso cuatro letras en un papel, y los aficionados salieron satisfechísimos.

—Venimos de casa de *Lagartijo* con este papel para usted.

—¿De qué se trata?

—De que nos deje usted unos cuantos capotes para la encerrona de mañana.

Leyó *Frascuelo* el papel, y haciendo un gesto hosco, replicó:

—Igan oztés a Rafaé que no pueo complaserle.

—¿Por qué, maestro?

—Porque Rafaé me ise aquí que les deje unos cuantos capotes pa correr..., y yo no los tengo...

—¿Que no tiene usted capotes?—exclamaron todos.

—Capotes, sí. Pero no pa correr, como los de Rafaé... Los míos, digánselo oztés a Rafaé, son pa parar...

Así sentían el orgullo de su arte aquellos colosos de bronce que durante más de veinte años libraron una valerosa competencia, en la que nunca pudo la envidia enfriar su amistad de buenos y nobles amigos.

RICARDO MARTÍNEZ



# LOS MESES EN CARICATURA



Dibujo de CASTILLO



Aquel día me encontraba yo sentado en un cómodo, sillón ante la mesa de mi despacho, envuelto en un batín, con zapatillas de orillo, chupando de mi descomunal cachimba y contemplando con cierta melancolía las caprichosas volutas que exhalaba mi pipa, cuando se oyó un golpe seco en la puerta de mi aposento. Después que hube dado orden de ¡adelante!, se presentó ante mí vista un hombre como otro cualquiera, vestido como otro cualquiera y andando como cualquier otro hombre, que no fuera cojo, andaría. Después de hacerme una reverencia, me alargó una tarjeta que decía: «Felipe Mendiutti. Director del Sindicato contra las propinas.»

Como nada tenía aquel día que hacer, me decidí a escuchar a aquel hombre que me dejó un manuscrito, diciéndome que yo, que era persona conocida del gran mundo, tuviese la bondad de entregárselo al jefe del Directorio. Después de repetir la reverencia, se alejó de mi casa.

El citado manuscrito lo inserto aquí, para que se extienda entre el público y para que se escuche la voz acertada de los socios del ilustre Sindicato contra las propinas:

«Muy Sr. mío: Unos cuantos hombres, valientes, hemos decidido aniquilar esa plaga de propinas que nos hace quedar sumidos en la más vergonzosa pobreza. Es infuero el trance que todos los ciudadanos tenemos que pasar en esta vida. Desde que nos levantamos hasta que nuestros cuerpos caen en el mullido lecho, estamos cogidos por las garras de ese monstruo que llaman propina.

»Le voy a exponer las propinas que hoy, sin ir más lejos, he dado. Me levanté a las nueve y me dirigí a la peluquería. En un gran cartelón, rezaba un letrero que decía: «Se corta el pelo por dos reales.» Como yo le tenía demasiado largo, decidí penetrar en aquel lugar y dejar mi melena. Después de efectuado el servicio, doy una peseta para que corren y se quedan con ella, diciéndome: «Muchas gracias, señor.» Voy a la per-

cha, por mi sombrero y viene un muchachito muy simpático, que con su amabilidad, se dispone a limpiarme la americana. Cuando me voy a volver para darle las gracias, me muestra una mano, y yo creyendo que me despedía, se la estreché con cariño, pero cuando me iba a marchar, oigo que me dice: «Caballero, ¿para mí no hay nada?» Total: que le tuve que dar otros veinticinco céntimos. Cuando salí volví a contemplar el letrero, que rezaba: «Corte de pelo, dos reales.» Me sonreí con tristeza, y salí corriendo por temor a otro tropiezo y a otra propina.

»Me interné luego en un limpia botas, que tuve que dar, además del importe, treinta céntimos de propina. Para almorzar tuve que dar otra peseta de propina. Tomé luego un coche, para hacer una visita de interés, y tuve que dar, al cochero, dos realitos, y aun oí que exclamaba entre dientes: «Sí que es una propi; vaya un tío agarrau.» Y vi que me echaba unos ojos feroces.

»Para no cansarle más, hice el cálculo cuando llegué a casa, y vi, con horror, que importaba lo que había gastado, veinte pesetas, pero que con las propinas, ascendía a la cantidad de trescientas veintisiete.

»Y ahora que ya sabe usted el escándalo que hay, no dudo que acogerá mi ruego, y suplique que suban todo el doble, pero que no se admitan propinas, que hace la vida del ciudadano insostenible.

»Sin más, suyo afmo., s. s., *Felipe Mendiutti.*»

Yo, accediendo al ruego de tal señor, no dudo en enviar estos datos para su publicación; aunque pido miles de perdones a los limpiabotas, peluqueros, botones, cocheros, camareros, y demás «ases» de la propina que, si todos pensarán como Mendiutti, en el próximo 1924, se iban a ver negros para sacarlas.

FEDERICO DE TORRES





Dibujo de LIMENDOUX



**D**ECIDIDAMENTE, este mundo no está hecho como es debido. Claro, que para estar confectionado en seis días, no se puede pedir más; pero, francamente, existen unas desnivelaciones que fastidian, ¡vamos!

Unos desean que lleguen las Pascuas, y, en cambio a otros, les *hace la pascua* que se aproximen estos días.

Hay a quien se le nubla la vista ante los pavos y el turrón e invierte la totalidad del sueldo, que cobró anticipadamente, en esta clase de comestibles y en otras bebestibles no menos apetitosos.

Con el estómago bien repleto de nutritivos manjares, rociados con vinos de las mejores marcas, el empleado madrileño se entrega en brazos de la alegría, tocando desafortadamente el tambor y la zambomba, olvidándose de que después tendrá que tocar consecuencias y se verá más negro que el betún para subir la empinada cuesta de enero, calvario escabrosísimo de los que cobran el 22 de diciembre.

Y no es lo malo gastarse los cuartos en darle al estómago el gustazo de verse lleno alguna vez de cosas ajenas a las alubias y lentejas que se ve obligado a ingerir durante el resto del año, lo peor es, que se descuelguen a pasar las Pascuas con usted, alguno o algunos parientes o conocidos provincianos.

¡No hay plaga que cause más estragos que la plaga *paletteril*!

Hay quien cree que porque traiga un pollo o un conejo, tiene derecho a que le llenen la barriga durante quince días, y encima le queden agradecidos.

A lo mejor se está usted haciendo un sín fin de halagüeños proyectos, en virtud de una gratificación que ha obtenido, o el cobro de un premio pequeño de la lotería de Navidad, cuando recibe una carta concebida en estos o parecidos términos:

«Querido amigo Fulano: Acordándome del ofrecimiento que tantas veces me has hecho, te manifesté que, este año, iré a esa a pasar las Navidades contigo. Tal vez me acompañe alguno de mis hijos; pero ya te llevaré algo que echar a perder, pues ya sabes que no me gusta ser gravoso.

»Te abraza tu mejor amigo,

*Pedro Díaz*»

Esta carta le sienta a usted peor que a un boxeador un tricornio, y todos sus optimismos se convierten en las más perfecta desesperación.

Antes de que tenga usted tiempo de reponerse de la impresión, un fuerte timbrazo le indica que alguien llega. Y este alguien es, su amigo Díaz, y no viene sólo; le acompañan *nada más*, que cinco hijos.

Mal y envuelto y con gran cuidado, traen un paquete que chorrea grasa.

—Aquí tienes—dice el jefe de la familia Díaz—el obsequio que te traemos. ¡Es de lo mejor que hay en el pueblo!

Y con asombrados ojos contempla usted que, el referido paquete, sólo contiene medio kilo de longaniza.

Su desilusión y su enojo son enormes, al ver que hay más *Díaz* que longaniza, y que por lo tanto, saldrá usted perjudicado.

Otro atractivo que tienen también las Pascuas, son las felicitaciones.

El sereno, la trapera, el cartero, el barrendero, el repartidor del periódico, hasta el encargado de la funeraria de enfrente, le acosan a uno, blandiendo el *sable* en forma de cartulina rectangular, en la que va impresa una fentísima felicitación.

La criada, le pasa a usted una de las con sabidas tarjetas, en la que se lee:

«Los obreros del alcantarillado, felicitan a usted las Pascuas.»

—¿Los obreros del alcantarillado?—pregunta usted sorprendido.

—Sí, señor—contesta el que lleva la voz cantante, penetrando en la habitación sin pedir permiso.

—¿Y qué motivo les induce a felicitarme tan cariñosamente?

—Pues verá usted: Hace tres años bajamos a buscar una pelota que se le cayó a su niño, y no logramos verla.

—Tampoco veo yo que esto sea objeto de una felicitación.

—Lo de la felicitación es lo de menos; lo principal es que nos dé usted el aguinaldo.

—Eso será si a mí me parece bien.

—¡Vamos, hombre! ¡No creemos que tenga usted tan poca vergüenza y sea tan roñoso, que se niegue a darnos dos *cochinas* pesetas!

Ante tal actitud, duda usted si darle dos pesetas o tres patadas en el ombligo, optando, casi siempre, por lo primero, por ser menos violento, aunque más costoso.

El Directorio, ya que está cortando tantos abusos, debía publicar un Real decreto, suspendiendo la actuación de los profesionales del aguinaldo, que se dedican a estos días a *hacernos la pascua*.

ISIDRO THOME





Dibujo de LÓPEZ REY



# DE MAL EN PEOR

EL AÑO TEATRAL DE 1923

EMPECEMOS por declarar que el año agonizante, tras de quitarle el tipo a unos cuantos señores, por mal del teatro metidos a empresarios, ha puesto en candelero a un hombre activo, lleno de entusiasmos y de amor al arte escénico, quien ha creído que a los negocios teatrales hay que darles impulso hacia un ideal artístico para que ofrezcan rendimiento como tales negocios y para que el verdadero teatro no se extinga ahogado por las chocarrerías de cuatro audaces que garrapatean sobre las cuartillas, y lo que es peor: estrenan.

Entre los fracasados empresarios figura D. Mariano Serrano.

El hombre activo que piensa que el teatro es algo más que un medio para ganar dinero se llama D. Francisco Delgado.

Esos audaces *escribidores* son los Muñoz Seca, los Pérez Fernández, los Ramos Martín (Pepe), etc., pues suman más de cuatro.

El año teatral de 1923 agudizó la hidrofobia empresaril contra la sustitución de valores (llámense autores o actores), y así los negocios decayeron hasta el punto de que Empresas tan firmes y prestigiosas como las de Martínez Sierra, Chicote, Losada, Ferrándiz-Foronda, sufrieron graves quebrantos. ¿Por qué? Porque todos ellos se pagaron de figuras conocidas y prefirieron el relumbrón a la calidad, la momia justificada a la savia juvenil; calidad o savia únicas capaces para redimir, para salvar.

En los escenarios madrileños se dieron tres grandes éxitos: *El pavo real* (Eslava), *Calla, corazón!* (Cómico) y *La montería* (Zarzuela). Esta última una obra abomina-

ble; pero a la que no se le puede negar la gran cantidad de miles de duros que dió a Empresas y autores.

*El niño de oro* pertenece a las postrimerías del año 22, aunque todavía le sirva de mascota a algún empresario.

Un éxito extraordinario, pese a las malas condiciones (presentación e interpretación) de su estreno, fué el drama *El mayorazgo de Labraz*, que por firmarlo nosotros y conceptuarlo obra de iniciación no volverá a ser mencionado en esta crónica. Pero ahí está la Prensa de aquel 27 de abril por si alguien quisiera desmentirme. Y cuidado que lo interpretaron mal desde D. Miguel Muñoz, que hizo la obra a regañadientes, hasta el último actor de la compañía (salvemos la buena fe de Manolo Somera y de Martín Galeano). Yo no reconozco *aquello* que hicieron. Especialmente en el acto cuarto, porque D. Pío Baroja lo impidió, yo no salí para decirle al público: «Esto que «dicen» no lo hemos escrito nosotros»

Pero, en fin, aquello pasó. Nada grave registramos, ni siquiera la mentecatez de algunos criticuelos ni la defección que nos produjo un amigo ilustre, a quien queremos y admiramos mucho, tanto, que ahora mismo queda olvidado todo lo que pasó.

\* \* \*

Es decir, que por diversas circunstancias la maldad de *La montería*, la interpretación de *El mayorazgo*, las inquietudes del público en la noche del estreno de *¡Calla, corazón!*, una sola obra queda a salvo: limpia, pura, y ésta es—¡oh, milagro!—hija de



un poeta: *El pavo real*, bellísima, literaria y teatral, producción de D. Eduardo Marquina.

El acierto fué pleno: de autor, de director de escena, de la casi totalidad de interpretación, de indumentaria.

En cambio, ¡qué temporada la realizada por el resto de los teatros! Qué falta de orientación y de dirección en unos; qué exceso de egoísmo en muchos; qué torpeza en no pocos.

¿De qué sirvió la presencia de un literato de alcurnia en la dirección del teatro Español? ¿De qué la experiencia de Enrique Chicote, vacilante durante toda la temporada, hasta el extremo de tener en su mano producciones estimabilísimas y no darse cuenta de ello?

¿Para qué los altos prestigios de Borrás, de la Xirgu, de Thuillier, de la Empresa de Lara, orientada por Simó Raso? Para representar ñoñeces y cosas pasadas o como en Lara para fingir un gran éxito donde no le hubo: *La mala ley*, obra falsa, digna de un público de imbéciles y de un autor capacitado como un hortera de la literatura escénica. (¡Acordáos de *Cobardías*!)

\* \* \*

Ya en las postrimerías del año surge don Francisco Delgado con su afición y con su dinero; hasta con su experiencia. Después de vicisitudes que olvidaremos gustosos, al fin pudo estrenar *Doña Francisquita*, otro éxito limpio, puro, que colocar junto a *El pavo real*, de Marquina.

*Doña Francisquita*, ya dijimos antes de ahora, es la obra del talento en toda su plenitud, con todas las dotes del talento: estudio, observación, método, orden. Y si nos arguyeran que se produjo sin orden ni método, precipitadamente, mejor entonces para su verdadero y casi único autor, el maestro Vives; ya no sería la obra del ta-

lento, sino la del genio. Empero dejémosla en talento, y ya es suficiente.

\* \* \*

Resumen: *El pavo real* y *Doña Francisquita* los dos éxitos positivos del año 1923.

La revelación de dos grandes artistas: Cora Raga, admirable soprano y actriz muy notable, y Narcisín, el niño-actor, verdaderamente genial, que a los once años produjo en arte interpretativo tanto como haya producido el actor más eminente.

En el transcurso de la temporada se ha consagrado a María Palou, y se hicieron notar con ventaja los siguientes artistas jóvenes: Carlos M. Baena, de Eslava; Isabelita Barrón, del Centro; Manuel Domínguez Luna, también del Centro; María Bassó—que debe corregir en seguida un poquito de afectación y de excesiva movilidad, que en ella se remediarán pronto—del Infanta.

Y nada más interesante.

El año teatral cercano amenaza ser aún peor que el que ya muere. Sin embargo, nosotros hallamos un remedio: sustituir los viejos por jóvenes; porque los hay señores y señoras, y como dimos sus nombres tantas veces desde revistas como *Escena*, *Proscenio*, *Ideas y Figuras*; de diarios como *La Jornada*, *Hoy* (*Nuevo Herald*), *La Tribuna*, y actualmente en *La Opinión* y *LA RISA*, no queremos repetirlos.

Nosotros, con nuestro esfuerzo, unidos a quien inspiremos confianza, o solos—acaso mejor solos—, algo trataremos de hacer en favor de nuestro teatro.

Si el lector lo juzga presunción, ya lo dirá el tiempo; si el propósito es excesivo y las aspas del molino imaginado nos derriban como al Cristo a la jineta, haremos la señal de la cruz como los creyentes supersticiosos para ahuyentar al Malo.

EDUARDO M. DEL PORTILLO



El sexto toro lidiado, era un perro con malas intenciones: tenía dos cuernos y rabo; era un animal de cuidado. Salíó al ruedo desparrramando, y la gente del sol, aplaudió cuando «Berenjena» se hartó de abanicarle. Después le dió buenos pases y varios recortes; en uno de ellos se atracó de toro. El bicho, loco con aquella faena tan estupenda, se quedó embobado, como diciendo:

— ¡Este «Berenjena», es un hacha!

El torero siguió atracándose con la muleta, y el toro daba «puñalás» a uno y otro lado, como sospechando:

— ¡Esto es un atraco!

«Berenjena chico», se emborrachó. Era el amo y, cuando abría la «pañosa», las palmas echaban humo. Al irse a perfilar, salieron voces de todos los tendidos y de algunos que estaban de pie:

— ¡No lo mates!

Al oír esto, el toro, levantó la cabeza, como diciendo: «¡Gracias! Pero así da gusto que lo maten a uno.»

«Berenjena», se dejó caer, y el toro, lo recogió con el pitón izquierdo. Un grito salió de la plaza, y el torero fué llevado a la enfermería, en brazos de los asistentes. El público pidió que siguiera la corrida. ¡Bárbaros!

\* \* \*

Parte facultativo:

«Durante la lidia del sexto toro, fué cogido el diestro «Berenjena chico». Presenta una herida inciso punzante, desgarrante, dislacerante, en la región pectoabdominal derecha. El cuerno entró por el ligamento de Poupart, pasando junto al ciego (que no se apercibió de nada), cortando en treinta y tres pedazos el peritoneo, el intestino, la vesícula biliar y el hígado, haciendo trozos el bazo. Por eso el desgraciado torero, pedía que le dieran chocolate en porrón.

El cuerno rompió la aorta y destrozó el corazón y la pléura. El diestro respira por el recto. Se le ha puesto una inyección de morfina, y se le ha amarrado la lengua con una prima de bandurria. Prohibida la entrada en la enfermería a todo el que no sea concejal o pariente del herido, al que sólo le salvará un milagro de la ciencia.—Doctor Mingorríez.»

\* \* \*

Dicen los periódicos:

«El pobre torero está agonizándo.

Así lo ha asegurado el doctor Mingorríez, y uno de sus alumnos internos, un joven rubio que es meliado y tiene una tía en Alcalá de Henares.

El semblante del alumno era de tristeza. Nos habló de la cogida y nos dijo que si el torero se salvaba, no quedaría en condiciones ni de saltar a la comba.»

Al otro día:

«El doctor Mingorríez, ha hecho una cura estupenda. Ha levantado las gasas, no firando muy deprisa de ellas, para no despertar al herido ni hacerle daño. Luego le ha puesto otras y el vendaje. ¡Colosal! Cree que si el enfermo lograra reaccionar, estaba salvado, y que si a las seis de la mañana no ha muerto, es que se trata de un vivo...»

A los dos días:

«El doctor Mingorríez, ha vuelto a hacer otra de las suyas: otra cura. Los que las presenciamos, hubimos de preguntar al eminente cirujano, por qué las gasas aquellas estaban encarnadas y amarillas, y nos contestó, con gran acierto y elocuencia, que era por la sangre y el pus, que son de esos colores, y además porque la herida fué hecha en la fiesta nacional... Preguntado por el pronóstico, contestó misteriosamente, urgándose las narices, y nos dijo que si no anochece a las ocho, no había salvación.»

A los tres días:

«Ha sido trasladado el torero herido a una quinta de recreo que tiene «tobogán», y gas en todos los pisos. Llevaban la camilla varios toreros y un perito mercantil. Iba toda la cuadrilla y el médico. Dos íntimos llevaban velas y toallas, la lavativa la llevada un inteligente aficionado aristócrata y tartamudo. El doctor Mingorríez, iba detrás, en una silla de mano y fumando en pipa cachimba.»

A la semana siguiente, en una revista ilustrada, al pie de un retrato:

«He aquí la verdadera efigie del ilustre Mingorríez, ese magnífico cirujano de tan gran seriedad científica, que ha salvado de una muerte segura al pobre diestro «Berenjena chico». Cuando llegamos con la máquina, estaba arreglándose el nudo de la corbata y sujetándose los pantalones con un cinturón de seda cruda.»

A la otra semana:

«El torero ya está completamente bien. Ya come churros y da grandes paseos en borrico. El doctor Mingorríez es un portento. Dentro de pocos días, «Berenjena chico», saldrá para Villapeque, donde está encargado de estoquear seis Veraguas.»

¡Oh, la Ciencia!

BLAS-KITO





Dibujo de ORTIZ



El año se acaba; el año, usado y viejo, no nos interesa ya. Le hemos visto los rellenos y añadidos, la dentadura postiza, el cabello teñido, la risa arrugada y fofa, los ojos, los arrebatadores ojos de abrí, pintaños...

¡Vaya con Dios, y que no vuelva! Le hemos despedido comiendo pavo, besugo y tu rón. Su vejez nos ha hecho descorchar unas botellas, por lo menos de sidra.

Si nos hizo a'gún bien durante sus doce meses de vida, ya no nos acordamos. En Carnaval nos sacó el dinero como un bellaco, brindándonos una aventura amorosa, que olía a farmacia. En agosto, volvió a saquearnos el bolsillo, amarrándonos cerca del mar, delante de un tapete de color verde, donde advertimos cuan poco sentido común tiene la Suerte, y cómo le gusta favorecer a los banqueros. En Navidad, nos atestó el vientre, de comestibles consabidos, y, además, tornó a desbaliarnos, induciéndonos a adquirir un vigésimo de la lotería, que, naturalmente, no salió premiado. En abril, nos ofreció la socaño de los toros, y nos arrojó al paso, como dos flecha, unos retrecheros ojos de madrileña, en los que hemos enanchado, tal vez para siempre, nuestra escasa formalidad de solterones... Total: Que no le debemos al año que se va, sino desazones y mala partidas.

Vaya a la porra, y a ver qué zurrrón llenito de relámpagos nos trae el otro.

El ansia de que así sea, nos reúne antes de la media noche en la puerta del Sol. Somos muchos, muchísimos; como las arenas del mar; como los banqueques a que asiste ese ilustre amigo nuestro, no pueden contarse. Todos llevamos un cucurucho con las doce uvas de costumbre, y, si es posible de moscatel.

¡Ceremonia solemne, no cantada aún con el levantado y augusto metro que piden! Bajo el reloj iluminado de Gobernación, la muchedumbre se rebulle y alborota. En aquella plaza, otros días, ha silbado a políticos maulas; ha apedreado a figurones presidiables; ha corrido huyendo de los guardias, que cargaban con sus caballos de filo y sus sables encabritados—o al revés—; ha aplaudido cabalgatas y ha llorado con ciertos desfiles... Ahora, olvidada de todo, se aglomera para tragar, riendo algareramente, doce uvas.

Esos doce granos habrán de darle fortuna durante el año que se acerca, que está a punto de nacer. Cuando, entre el escándalo de las sarte-

nes, almireces y panderos golpeados; confundidos entre tantos forasteros con la boca abierta y tantos borrachines con la boca sin cerrar, creemos percibir la primera campanada de Gobernación, miles de cucuruchos van vaciándose y todos nosotros, los devotos de este rito, engullimos las uvas con rapidez verdaderamente admirable.

¡Año nuevo! Ya ha llegado; ya ha nacido; ya sonríe en el brillo de nuestros ojos, en la locuacidad de nuestra boca. Todos nos abrazamos, acometidos de un sentimiento de fraternidad que conmueve. Si tuviéramos la seguridad de ser complacidos pediríamos a'gún dinero a este señor de al lado, que tan contento está y tan buena persona parece...

Regresamos a casa, leve el paso, égil el espíritu. Parece que se nos ha quitado un peso de encima. Por lo menos, se nos ha ido un año, el antipático año viejo, que a última hora, entrado diciembre, no hacía más que repetirnos: «—Empeña el gabán, hombre, y toma ese palco para el baile; ¡si de todos modos no vas a salir de apuros!...»

Se fué el año que carraspeaba, que tomaba bicarbonato, antipirina, salicilato y neosalvarsán. ¡Ya era hora! Nos daba en los teatros comedias insoportablemente ñoñas; nos presentaba tanguistas automáticamente reidoras, de las que siempre beben de lo caro y tienen ganas de comer; nos organizaba homenajes idiotas; nos improvisaba glorias artísticas de cartón y escayola; nos mataba a los amigos mejores y dejaba vivitos y jorobando a los «indeseables»... ¡Adiós, carcamal bilioso y desvencijado! ¡Al fin, reventaste!

Y nuestra mirada se vuelve hacia oriente, donde el pálido resplandor de la aurora, llena de sobresaltos la virginal candidez de nuestro corazón.

¿Qué nos traerá ese año nuevo, que se acerca por la estación del Mediodía? Por de pronto, lo que se ha echado a la espalda son unas alforjas; nada, pues, promete de refinamientos y sutilezas.

En los ojuelos le arde cierta luz de timador. Tiene gesto de cuco, de pardillo avisado y socarrón. ¡Dios del cielo! ¿qué encarguito le habrán dado para nosotros?...

E RAMÍREZ ÁNGEL



# A aquellos picatostes...

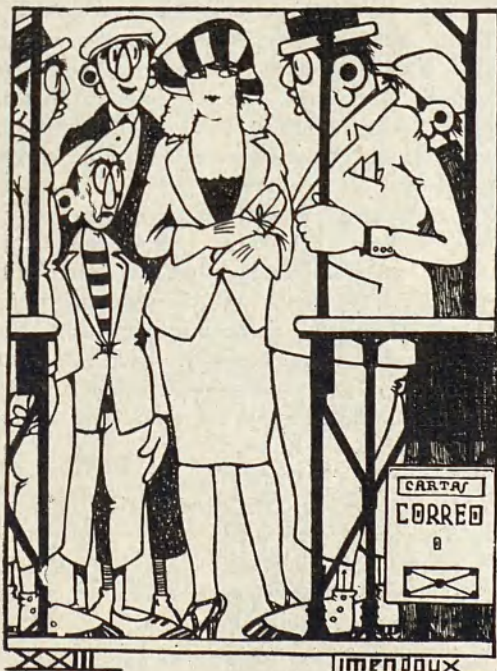
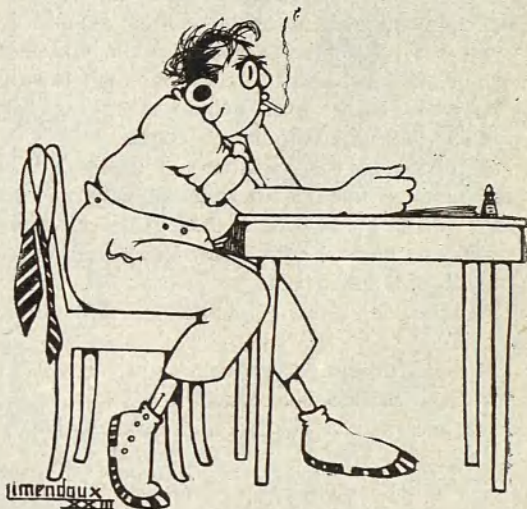
NOVELA RELÁMPAGO

AQUELLA tarde, Olegario Cacharro, no podía dibujar.

¿Se había quedado manco? Nada de eso. Y aunque así hubiera sido, no era motivo suficiente para no trabajar, pues, quedándole los pies, podía hacerlo perfectamente, ya que más de una vez lo había ensayado.

Olegario, además de estar sentado y fumar de un cigarrillo, estaba nervioso, nerviosísimo. No cesaba el dibujante de mirar apasionadamente al reloj que tenía frente a él, y en sus miradas se advertía claramente que estaba deseando sonaran las seis, y que todo lo demás del Mundo, que no fuera algo de su preocupación, le importaba un pito de verbena.

¡Las seis! ¡Oh, las seis de aquella tarde!... ¡Hora era, mayúscula, para dibujante! Hora re-



bosante de emociones y sobresaltos. Pues a las seis, si el mundo no tenía la mala idea de desmoronarse, Olegario Cacharro, sería un hombre dichoso. Cuando, dentro de poco, los relojes señalaran las seis, el dibujante sentiría que la emoción le cosquilleaba en el cogote, y sentiría, también, no tener diez años menos.

Pues a las seis - y ya es hora de decirlo -, en un café próximo a su domicilio, Olegario, estaba citado con Margot, una casi jamoncita rubia, que le había enloquecido bárbaramente.

¿Se comprende ahora la nerviosidad de Cacharro? Sí, forzosamente, pues un asunto así es cosa muy importante.

El reloj parecía no avanzar, haciéndose el pelmazo, y Olegario, completamente inutilizado ya para continuar trabajando, se desbocó por el camino de los recuerdos, en el que surgió «su rubia».

La había conocido en la plataforma de un tranvía, que él había tomado, porque no tenía prisa para llegar donde iba. Como el tranvía se hallaba bastante relleno de viajeros, Olegario, con su



enor ne tripa, tropezó en las caderas, duras como cemento, de Margot, que al sentir la presión, volvió su rubia cabeza y sonrió, diciendo (Al menos así le pareció al dibujante):

—Perdono ese tropiezo, caballero, porque además de que me es usted simpático en un tranvía, aunque la pisen a una la asadura, hay que aguantarse.

Ante aquellas palabras (no dichas), que para él, Olegario, valían más de mil pesetas, creyó volverse loco de alegría, y todas sus coqueterías de viejo conquistador se alborotaron, como si pertenecieran a un sindicato catalán. Y entonces, alegre y confiado, pero con cierta cantidad de prudencia, el dibujante dijo algunas cosillas, procurando un discreto codilleo, a la bella y simpática viajera, pues sabido es que cuando nos dan la bota nos tomamos el guante.

Algunos viajeros lanzaban a Olegario, miradas verdaderamente anarquistas, seguramente por envidia. Y ella, ella no decía siquiera estos labios nos mios. Verdad que decirlo habría resultado una majadería.

Aquello, naturalmente, tenía que terminar, y terminó.

Margot, ordenó al cobrador que parase el tranvía, y cuando éste estuvo inmóvil, se apeó de él, pues no era posible apearse de una bicicleta.

El dibujante, como idiologado, la vió descender, y allí en la plataforma habría quedado, a pesar de todo, si no es por la intervención de un viajero que se permitió decir, con esa valentía barata que a veces sentimos los hombres ante las mujeres indefensas:

— ¡Qué lástima! Si no fuera a cortarme el pelo,

seguro a esa rubia y me la desayunaba. A usted se le daba esa rubia, caballero—advirtió al dibujante.

Entonces, Olegario, ya el tranvía en marcha, rápidamente se arrojó de él rápidamente, y por primera vez en su vida, cayó a tierra sin perder la línea ni la serenidad.

Siguió a la rubia, apretando el paso hasta unirse a ella, y a los pocos momentos conversaban agradablemente, que era todo lo más que podían hacer en plena calle.

Supongo que no tendré que advertir al lector que la rubiales era cosa fácil. El que no carezca de olfato, ya lo habrá adivinado. De una mujer que nos dice que les somos simpáticos se puede esperar todo, absolutamente todo, y hasta que a la hora de la verdad nos largue una morrocoluda bofetada, gritándonos:

— ¡So indecente! ¿Qué se ha figurado usted?

Porque las mujeres tienen caprichos que acardenalan.

Olegario tiró de repertorio galante y cómico, y luego invitó a su nueva amiga a lo que él solía invitar a casi todas las mujeres que daban pie para ello: a tomar un coche. Esto, que a vista de pájaro parece una tontería, no lo es. El coche, voy a tener la valentía de afirmarlo, es, el mejor aparato conocido hasta el día para estudiar a la mujer. Una hora de coche, con una mujer, os sirve para saber a qué ateneros sobre ella, y os cuesta unas tres pesetas. Con esa hora, y vuestra inteligencia más o menos refinada, tenéis un arsenal de armas para vencer a una señora o señorita, aunque sean muas de carga o yeguas de lujo. Muchas bodas que luego terminan en tragedias esplendentes, se evitarían si los novios, en vísperas de la unión, se encerraran con sus novías en un coche durante un par de horas. Las mujeres, encerradas con un hombre en un coche, pierden gran cantidad de sus habilidades femeninas, y asombrosas, sin embargo. Claro que hay algunas individuos que sólo pierden la vergüenza, y, en ese caso, el hombre ha hecho el gorila. Pero esto, no se puede evitar de ninguna manera; intentar impedirlo, sería tan majadero como oponerse a que llueva un día que pensamos ir de campo a comernos una tortilla de escabeche...

Pero vamos a lo nuestro.

Olegario no logró la combinación. Ella se negó rotundamente a tomar el coche. No podía retrasarse; tenía que hacer en casa; pero... a la tarde siguiente lo prometía formalmente, se verían en un café, el que indicara el dibujante, y allí, tomando algo, pues no pensaban jugar al billar, tomarían también una determinación. Ella,







francamente, quería tener un amigo, pues su hombre, allá en Marruecos, con los del Tercio, se dedicaba a desapanzurrar moros, cosa que hacía únicamente llevado de su temperamento guerrero, que era muy de ovacionar, pero que carecía de fuerza como argumento para tener en Madrid una mujercita que, naturalmente, no iba a vivir de los recuerdos. Por eso ella necesitaba un amigo, o mejor dicho, y para que la gente no murmurase, un buen «primo»...

Y quedaron de acuerdo.

\* \* \*

Olegario abandonó la postura en que se hallaba y los gratísimos recuerdos, y miró al reloj. ¡¡Las seis!! El dibujante pegó un salto, y cinco minutos después estaba disponible para salir a la calle.

La hora grande había sonado para él. A aquella hora él era feliz, y a lo mejor algún amigo suyo estaría rabiando de un dolor de muelas. Las cosas de la vida.

A las seis y diez minutos estaba Olegario tirado sobre un diván rojo oscuro, y lleno de manchas, del café de la cita. Margot no había llegado aún; pero aquel retraso a pesar de su inquietud, no le extrañaba al dibujante, pues pensaba, lógicamente, que aquella tarde la rubia cuidaría más de su «toilette». Las mujeres, por estas causas, se ponen de pelmazas que no hay por dónde cogerlas. Ellas saben que un pequeño detalle desagradable puede ocasionar un disgusto obeso. No hay, creo yo una mujer que vaya a convencer a un hombre, que ha de ser su amigo, con los pantalones rotos o el cuello sin lavar, pues ya lo he dicho: estas cositas suelen ser funestas.

Olegario pidió chocolate con picatostes: una de sus mayores debilidades.

Y mientras tomaba el chocolate, con la ansie-

dad que antes miraba en su casa al reloj, miraba ahora a la puerta del café, por la que forzosamente, de no entrar por alguna ventana o rendija, tendría que pasar «su» rubia, pues el local sólo tenía una puerta.

El obeso y simpático dibujante tenía muchas debilidades y muchas canas, que procuraba ocultar. Su debilidad más sobresaliente eran las mujeres, aunque ya contaba unos cincuenta y cinco diciembres; claro que, cuando él «contaba», de los cincuenta y tantos se comía lo meros diez, y había veces que se comía más; esto consistía en la debilidad que sentía cuando contaba. Y para eso, para poderse comer un puñado de años, Olegario se afeitaba a diario y solía tener en su tocador ciertos tarritos rejuvenecedores. Todos estos naturales cuidados, perfectamente guisados con su eterno carácter infantil y simpatía, además de tres o cuatro trajes en buen uso, lograban que Olegario resultara algo agradable.

Olegario había terminado los picatostes, y Margot no llegaba. Y eran ya las seis y media. Entonces, el dibujante, antes de contrariarse por el retraso de la rubia, miró a su alrededor, y, cuando estuvo bien seguro de que nadie se fijaba en él, a falta de picatostes—¡le gustaba tanto el choco'ate!—, derrochando imaginación introdujo un dedo en la taza con ánimo de capturar el escaso y grueso líquido que aún quedaba, y...

Y Margot, que acababa de llegar, le dió las buenas tardes.

Olegario se quedó aterrado y en una postura que ríanse ustedes del individuo que en el waterclo's realiza las más grotescas y difíciles figuras. Tal fué la impresión que recibió al ver a la rubia, teniendo él metido un dedo en la taza del chocolate, que ni pudo contestar a las buenas tardes de su amiga.

Margot, viendo la extraña actitud de Olegario, sentóse frente a él, esperando se le pasara el susto, motivado, sin duda, por la alegría de verla allí.

—Te he dado las buenas tardes, pelmazo. ¿Es que no merezco contestación?

Olegario, rojo como un cangrejo cocido, apenas pudo contestar con unas palabras que ni en endió ella ni supo él lo que significaban. Y es que el pobre hombre estaba loco. Hacer el ridículo ante la mujer a la que pensamos declararnos es, debe ser, horrible.

Ella, que ni siquiera había observado que uno de los dedos del dibujante se hallaba limpiendo la taza cuando llegó, se reía—no sabía qué hacer—, y esto aturdía aún más a Olegario, que se figuraba que aquella risa era dedicada a su tremendo ridículo.



¿Y cómo borrarlo?... El sabía que comentarlo era casi peor, pues las cosas mal hechas cuantas más vueltas sufren, peor parecen. Él recordaba que un literato de gran prestigio había dicho, hablando de ridículos, que si una persona, en alguna reunión, tiene la fatal desgracia de producir algún ruido sospechoso y muy humano, lo mejor que puede hacer, para que la cosa no adquiera importancia, es callarse, pues si se mete en explicaciones lo más probable es que le llamen sucio y le despidan violentamente; callándose, haciéndose el distraído, en la reunión sólo hay dudas y cierto perfume, y todo lo más que puede ocurrir al culpable es que los reunidos más próximos a él le lancen miradas incendiarias; y es lo mejor que puede ocurrirle al desgraciado, pues un perfume no declara con precisión al autor en un lugar donde hay más de dos personas. Y como no deja señales, aunque se quiera averiguar no es posible.

Pensando todo esto, a Olegario no se le ocurrió otra cosa más que llamar al camarero para que Margot pidiera lo que pensara tomar. Y mientras ésta ordenaba al mozo, el dibujante, cada vez más aturdido, se levantó, dando a entender con un movimiento de labios que iba a cierto lugar... Margot lo entendió bien, y como la cosa no tenía nada de particular, no se preocupó de ello, y se repintó los labios, que parecían las entrañas de un tomate.

Era muy lógico que Margot no se preocupara de aquello, por ser algo muy razonable, y así lo debió ver Olegario al principio; y digo al principio, porque después, aquello tan cargado de lógica, el dibujante lo vio horrible, espantoso.

\* \* \*

Si Olegario abandonó la mesa, no fue precisamente para ir a realizar alguna urgente necesidad. Aunque se dirigió al W. C., no lo hizo con mala intención. Fue, sencillamente, a ver si con la ida y vuelta se le apaciguaba el sofocón que sufría. Y allí, en la puerta, pensativo y preocupado, permaneció el dibujante más de quince minutos, sin notar que todos los que llegaban, hacían y salían, le miraban extrañados.

Pero de pronto volvió en sí, y, horrorizado, comprendió lo que había hecho. Aunque Margot se hubiera fijado en el detalle del dedo en la taza del chocolate, verdaderamente no le habría dado importancia, pues ella, como mujer mundana que parecía, se haría cargo de que con una cucharilla no es posible tomarse hasta la última gota del chocolate que sirvan en una taza. (He aquí un detalle para que las cucharillas de los cafés, en los que se impone comer con cierta coquete-



ría, lleven en la punta una esponjita que lo recoja todo). Y en el caso de que ella hubiera notado el ridículo, ¿qué? Lo ocurrido no era para ponerse como él se había puesto. Pero ahora..., ¿ahora si que no tenía remedio la cosa!

Olegario acababa de mirar al reloj y había visto con asombro que ya llevaba separado de la rubia cerca de veinte minutos. ¡Veinte minutos en aquel lugar! ¡Veinte!... Aquello era lo terrible. ¿Qué pensaría aquella mujer? ¿Qué comentarios haría de aquella larga y fea separación? Porque, indudablemente, la rubia no le iba a suponer en la cocina del café probando los guisos. ¿Cómo iba él ahora a presentarse ante «su» Margot que, por la tardanza, se fijaría muy bien de dónde venía? ¿Cómo era posible que todo aquello no resultara ridículísimo, ahora que iban a hablar de Amor?

Era verdad. A una mujer a la que vamos a declararnos no se la puede dejar sola, viendo ella adónde vamos, más de tres o cuatro minutos, que es el tiempo que requiere una operación sencilla, y que por su sencillez no se presta a comentarios ni a suposiciones grotescas.

Olegario, ya puesto en la pendiente de la Fatalidad, llamó al camarero del turno que había ocupado y le abonó las consumaciones hechas, y ofreciéndole cinco duros, le dijo que como aquella rubia era una mujer fatal y él padre de familia numerosa, costara lo que costara el te-



nía que abandonar el café sin ser visto por aquella mujer.

Ante los cinco duros, aunque el café so'o tenía una salida, el mozo se dió a discurrir, y como leía todas las semanas LA RISA a los cinco segundos de meditación profunda, guardándose las veinticinco pesetas, dijo a Olegario:

—Si no quiere salir por la puerta, tendrá que saltar por una ventana del salón de billares a un patio, y de allí salir al portal, y luego a la calle.

Olegario vió el cielo abierto, y la ventana también. Estaba decidido a abandonar la aventura, pues él no podía quedar en ridículo ante una mujer.

El dibujante tenorio, de un salto maravilloso se encontró en un patio repugnante, que tenía una puertecilla por la que salió al portal, que pertenecía a la misma casa del café.

Afortunadamente no estaba la portera, y Olegario enseguida se encontró en la calle frente al café y respirando a pleno pulmón. Y vió como allá dentro la rubia se las entendía con un bocadillo, y como el mozo la miraba asustado suponiéndola una mujer fatal...

Cerró los puños Olegario, lanzó una mirada siniestra al café y pensó: «Esta es la última vez

que tomo picafoles. ¡Adiós, Margot! ¡Adiós, conquista de mi alma!»

Un transeunte le preguntó si se hallaba enfermo, pero él no hizo caso de la atención y se alejó.

Y luego pensaba que un ridículo a tiempo era casi e cantador. Así, él, ni se había quedado como amigo ni como nrimo, y esto ya es una ventaja.

Además, gracias a sus ridicleces, tenía la cartera llena y podía dedicarse a la conquista de otra mujer, que no es tan peligroso como el ser ya conquistador o conquistado.

Pero aquellos picafoles, aunque se le fueran del estómago, no se le irían nunca del cerebro.

FIN

*Nicolas de Salas*

Lea usted todos los domingos la gran  
revista infantil **PANCHO KOLATE**  
**VEINTE CÉNTIMOS**

Historietas, cuentos, aventuras, concursos, regalos, etc.



**NICOLAS DE SALAS**

NUESTRO QUERIDO COLABORADOR  
Y AUTOR DE LA GRACIOSÍ:

:: SIMA NOVELA TITULADA ::

**UNA CHICA DE TEATRO**

QUE PUBLICA ESTA SEMANA LA

**BIBLIOTECA DE LA RISA**

**Precio: 25 CÉNTIMOS**





EDITORIA

DE

“LA RISA”  
“PANCHO KOLATE”

Y

“BIBLIOTECA DE LA RISA”



En el primer número del año próximo

¡¡GRAN SORPRESA!!



¡Feliz año nuevo, señores!



## TEÓFILO CÁMARA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BILBAO  
DE LA RISA, PANCHO KOLATE Y  
Biblioteca de LA RISA  
:: :: Solvencia metálica. :: ::

LEA USTED LA

### Biblioteca de LA RISA

Novela semanal que se publica los domingos.

25 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Cubiertas en colores

TOMO 1

LAS FAVORITAS, de ALVARO RETANA.

Ilustraciones de MÁRQUEZ.

TOMO 2

LA VUELTA DEL MARIDO PRODIGO, de FERNANDO LUQUE.

Ilustraciones de MEL.

TOMO 3

LA CATALEPSIA PERJUDICA, de Luis ESTE-  
TESO.

Ilustraciones de BLUFF.

TOMO 4

UNA CHICA DE TEATRO, de NICOLAS DE  
SALAS.

Ilustraciones de LIMENDOUX.

## ¡GRAMOFONISTAS!

MAGNÍFICOS ALBUMS PARA CO-  
LECCIONAR LOS DISCOS DE GRA-  
MÓFONOS. MUY PRÁCTICOS

Venta en — CASAS DE APARATOS DE  
TODA ESPAÑA Y PLAZA  
DEL CONDE DE BARAJAS, 5.—MADRID

Lea usted todos los domingos la gran  
revista infantil

## PANCHO KOLATE

VEINTE CÉNTIMOS

Historietas, cuentos, aventuras, concursos,  
regalos, etc.

: TALLERES DE ENCUADERNACIÓN :

— VIUDA DE YAGÜES —

MONTADO CON TODOS LOS ADELANTOS  
PARA LA ENCUADERNACIÓN DE GRANDES  
EDICIONES :: PRECIOS SIN COMPETENCIA

PLAZA CONDE DE BARAJAS, 5 TELÉF. 44-99 M.  
:: :: MADRID :: ::

Regalo a nuestros nuevos

suscriptores

LA RISA, respondiendo al favor  
constante del público, y para aten-  
der a las numerosas peticiones de  
números atrasados que se le hacen,  
ha puesto a disposición de sus re-  
gocijantes lectores

### Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscrip-  
tores que, a partir del presente mes,  
abonen la suscripción de un año,  
cuyo importe es de 14,40 pesetas  
para los de Madrid, provincias, y  
América, y de 19,20 para los del  
Extranjero

Quedan muy pocas.

En breve aparecerá

“La novela del sábado”

64 páginas,

25 céntimos.

DIRECTOR: NICOLÁS DE SALAS

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.

Tlp. Yagües.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



# LA RISA



—No te apures. Te acompaño a casa y le decimos a tu cónyuge la verdad. Que la señora Juana nos invitó a subir y ver su belén

—Pero, hombre, ¡sí me tiene dicho que no me meta en belenes!